

SUMARIO.

LA ONDINA, soneto por Francisco Gavidia.—CIENCIA Y CLASICISMO, por F. F. Noriega.—IMILDA LAMBERTAZZI, por Emilio Pacheco.—EL CADEJOS, por Fernando R. de Izcar.—FEDERICO VOLIO, por Ramón Loría Iglesias.—CORRESPONDENCIA DE MADRID, por Labán.—UNA NOTA DEL AMOR UNIVERSAL, por Rubén Rivera.—VIDA MODERNA, por C. Ossorio Gallardo.

Ciencia y clasicismo.

Primer artículo.

HACE pocos años admirábamos con un eminente compatriota nuestro una serie de artículos publicados, si mal no recordamos en *El Repertorio Salvadoreño*, firmados por el señor F. A. Gavidia, y de entonces acá cuantas producciones de dicho señor han caído en nuestras manos, las hemos leído con placer, porque nos seduce la galanura y brillantez de su estilo, así como porque en lo que de él conocemos, hemos llegado á notar nuestras mismas tendencias en política, y nuestros mismos ideales en literatura; pero últimamente hemos leído con pena en las columnas de este periódico, los *Estudios Pedagógicos* del señor Gavidia, encaminados á señalar los vicios de la Enseñanza en Centro América á los cuales él no les vé otra causa que la invasión del espíritu científico.

Pena, lo repetimos, nos ha causado la lectura de tales artículos, mayormente hoy cuando ya conocemos el gallardo escritor y hemos tenido la honra de estrechar su mano de amigo; porque sustenta teorías que, según nuestro humilde modo de pensar, pugnan con el espíritu liberal del siglo y con las tendencias de la Pedagogía moderna, teorías que estrañamos mucho tengan asidero en un cerebro tan bien organizado como el del señor Gavidia.

El ya conoce poco más ó menos nuestras opiniones sobre materia tan trascendental, como la que lo ha movido á escribir; y sólo por atender á sus insinuaciones como á las de nuestro común amigo el Director de este periódico, nos atrevemos á esplanarlas y á darles publicidad.

I.

Antes de entrar en el fondo de la cuestión que sustenta, dice el señor Gavidia, y lo sienta á modo de premisa para entrar en el desarrollo de sus ideas, que nada hay mas inexacto que el dicho muy popular de que los países latino-americanos sean *soñadores*, "con lo cual se da á entender que son países literarios donde los versos excluyen los números".

Nosotros creemos que nada hay más exacto que ese dicho que ha calado no solo en esos mismos países, sino en los pueblos extraños que los han estudiado y definido; y creemos que ese carácter soñador de nuestro pueblo, que tan marcadas aficiones muestra por la literatura, es lo que causa ese malestar que lo aqueja, debido en primer lugar á achaques de raza, de la que le viene la

tendencia á la educación clásica y eminentemente autoritaria, porque sacudido el yugo político, no ha alcanzado á sacudir el yugo colonial de la Madre Patria, hija desheredada del progreso europeo.

No creemos, pues, que el espíritu científico tenga enfermo á Centro América. Quizá estos países son los que menos cambios han hecho en sus planes de estudios; y seguramente nadie nos negará que esos planes están calcados sobre los de España, que reposan sobre las bases del mas puro clasicismo. Ahora bien, ¿cuánto tiempo se necesita para que en un país se hagan sentir siquiera las influencias de determinado plan de estudios, máxime cuando hay raíces tan profundas que extripar? Cuánto se necesita para que siquiera se sientan los síntomas de enfermedad de un país por la mala dirección que se dé á la educación de sus hijos? Damos poco con dar un tercio de siglo, para que los hombres educados bajo determinado régimen alcancen á formar la clase dirigente; y es bien sabido que los apóstoles hoy del espíritu científico en los países latino-americanos, que apenas forman una pequeñísima parte de esa clase, fueron educados bajo el régimen antiguo, ó literario ó clasico.

Y el espíritu de ese malhadado régimen es el que aún predomina, y de ahí el malestar y la enfermedad de Centro América porque él rije la cátedra, que como muy bien lo apunta el señor Gavidia, es donde se opera la transformación del espíritu de las naciones, y es el "laboratorio de nuestras leyes, de nuestras máximas sociales, de nuestros principios morales, de nuestras creencias dominantes de nuestras aptitudes políticas, en una palabra: la cátedra forma al hombre".

La influencia del clasicismo en nuestros planes de estudios, es lo que hace que de colegios y universidades salgan tantos jóvenes que despues de cinco ó diez años de estudios de literatura, Filosofía, Teología, Jurisprudencia, Historia (mucho de Grecia y Roma) Mitología, algo de Matemáticas & no producen algo que les sirva para vestirse un mes ó para comer una semana; pero sí se convierten en unos Tostados y lo primero que hacen es dar un tomo de versos que se leen y mucho, con perdón del señor Gavidia. De tal suerte sucede esto, que entre cien jóvenes, prescindiendo de los que tengan buena suerte como abogados, médicos ó profesores y quiza ingenieros, queda un 60 por ciento inutil para el progreso positivo del país si quiera sea del industrial y artístico, para los cuales han sobrado bellas letras y faltado ciencia.

Y nuestros errores en todo sentido no traen otra causa, porque ha habido empeño en hacer flotar nuestro espíritu en un insondable pielago de abstracciones; en infundirnos ántes preceptos platónicos que "identidades de ideas" que nos induzcan á la observación, y á resultados positivos en la vida práctica.

Se discute mucho en religión y en política, mientras que nos preocupa el alza de los artículos de primera necesidad, para el vestido y el alimento. Por qué? Porque la par-

te dirigente de nuestro pueblo, que no alcanza al 15 por ciento, carece de *ciencia práctica* que no la inspira sino el espíritu científico en la educación. Esto por lo que hace á la vida animal, que por lo que hace á la moral y á la social, las influencias del clasicismo, son de mas desastrosa trascendencia, porque, como dice Bastiat "la enseñanza clásica no solo comete la imprudencia de sumerjirnos en la vida romana, sino que á ella nos apasiona hasta hacernos considerarla como el bello ideal de la humanidad, tipo sublime demasiado alto para las almas modernas, que debemos imitar sin pretender jamas alcanzarlo".

El crimen que dió origen al célebre "*Alea jacta est*, se nos hace admirar como uno de los mas heroicos hechos que registra la antigüedad; y esas palabras se repiten pomposamente y son el condimento de muchos artículos y discursos patrióticos. Lucrecia, que cede por una falsa virtud á los deseos de Tarquino, se suicida y se nos hace admirarla como tipo de fidelidad conyugal!

Catón que se atraviesa el vientre con la espada porque la patria cae en poder de Cesar, sacrificándose esterilmente, se nos presenta como el ideal del patriotismo y de la virtud republicana.

Bruto y Casio que se precipitan sobre sus espadas exclamando "nombre vano es la virtud" causan furor en los estudiantes de Historia.

Y si esto no es enseñanza clásica, no sé cómo se le llamará.

Atestado de clasicismo Saint Just exclamaba "Dios mio! con que es necesario que Bruto permanezca olvidado y lejos de Roma! Mi partido sin embargo está tomado, y si Bruto no da muerte á los otros, él se la dará á sí mismo".

En otra ocasión decia: "un oficio sienta mal al verdadero ciudadano. La mano del hombre no está hecha sino para la guerra y para las armas!"

"Que todos los jóvenes tengan presente el brasero de Scévola, la cicuta de Sócrates, la muerte de Cicerón y la espada de Catón, exclamaba Carriere en esos delirios patrióticos á que se entregan todos los que se inspiran en los crímenes y bellaquerías de la amada Roma.

Y no es que el espíritu científico en la enseñanza entibie el amor á la Patria como se juzga comunmente sino que por el contrario lo eleva, como lo veremos después, y lo hace fecundo en resultados positivos, aunque no lo exalta para convertirlo en patriotía estéril y ridícula, como ya se ha visto en los ejemplos citados y en los muchos que á cada momento se presentan en nuestras contiendas civiles.

Ahora, qué se dirá de las citas siguientes, tomadas del cercado místico.

"Es peligrosísimo para los profanos estudiar la elocuencia profana" decia San Ambrosio, y San Jerónimo. "Que tiene que ver Horacio con el Salterio y Virgilio con el Evangelio? Sin embargo un clásico de la misma comurión de los santos padres, don Miguel A. Caro, es apasionadísimo de Vir-

gilio y lo ha elevado á la categoría de Profeta, dándole un carácter seráfico como precursor del cristianismo.

Y San Agustín: "Los estudios por los cuales he llegado á leer los escritos de los demás y á escribir yo mismo lo que pienso, eran sin embargo mucho más útiles que aquellos á que se me forzó concernientes á las aventuras de un tal Eneas, que me hacían llorar por la suerte de Dido muerta de amor, en tanto que olvidadizo de mis propias faltas, yo mismo encontraba la muerte en esas lecturas funestas que no obstante son llamadas *bellas y honestas letras*. Vociferen contra mí esos mercaderes de *bellas letras*, yo no les tengo miedo. Cierzo es que de esos estudios se me quedan muchas expresiones que es útil saber; pero *todo esto puede aprenderse en otra parte y no en lecturas tan frívolas*, y á los jóvenes, como yo pienso, se les debería conducir por una vía menos peligrosa."

En el último aparte del segundo artículo de los *Estudios*, el señor Gavidia dice que no es el restablecimiento de los clásicos (antiguos) lo que él defiende en su teoría educacionista; pero como nosotros hemos tenido injénita aversión por la enseñanza clásica, hemos creído prudente empezar esta réplica, atacándola de lleno.

Léjos de nosotros el considerar inconveniente la enseñanza literaria, si reconocemos todos sus beneficios cuando es bien dirigida; pero no creemos que la educación inicial del Pueblo debe fundarse en el elemento literario.

Admiramos como los que más, las creaciones de la fantasía de los poetas, pero no debemos dejarnos arrastrar por ellas. A más altos fines aspiramos: á que el espíritu científico domine en estos países que se pierden inconcientemente en teorías que de tejas para arriba valen mucho para un espíritu ya cultivado; pero que no contribuyen á formar el carácter del niño y pervierten en muchos casos su sentimiento moral.

F. F. NORIEGA.

Noviembre de 1890.

(INÉDITA.)

Imilda Lambertazzi.

(LEYENDA ITALIANA.)

(A María Teresa, Angela y Caridad Quesada.)

Vosotras que sois todas poesía
Me pedís unos versos! quién diría!
¿Os gustan las leyendas romancescas
De bravos y de apuestos caballeros;
Las justas pintorescas
De jóvenes guerreros;
Os encanta ese idilio
De Julieta y Romeo;
Las espléndidas fiestas del torneo;
Las citas y los duelos,
Allá á la media noche, á la dudosa
Y tenue luz de la apacible luna,
Y esos cuentos é historias peregrinas
De que la vieja Italia está poblada?
Pues voy, hermosas, á contaros una
Que en mi alma honda impresión dejó grabada.

Imilda Lambertazzi, graciösa
Y noble niña boloñesa, había
Con Bonifacio Gieremei amores.
No obstante los rencores
Que ha tiempo á sus familias dividía.
En adorable cita sorprendidos
Por los crueles hermanos
De la joven, apenas ella pudo
Apresurada huír, no así el donoso
Y esforzado doncel, que en lucha cruenta
Herido, agonizante,
Cayó por fin rendido á los certeros
Golpes de sus aceros.
Al trágico lugar corre al instante
La bella enamorada,
Do encuentra aún palpitante—
Lívido el rostro y desangrado el pecho
El exánime cuerpo de su amante.
Por la pasión inmensa alucinada,
Su sangre en vano restañar ansía
Aplicando los labios á las hondas
Heridas, y absorbiendo
La que en su pecho destrozado había.
Mas ay! al despuntar el nuevo día,
A la hechicera Imilda infortunada,
También rígida y yerta
Hallóse al lado de su amante muerta,
Que en sus odios mortales
Habían envenenado sus hermanos
Las hojas de sus pérfidos puñales! . . .

EMILIO PACHECO.

EL CADEJOS.

(Cuadro de costumbres.)

EL pueblo de San Cipriano por la feracidad de sus tierras y la belleza de su clima, es sin duda uno de los más prósperos y ricos del país. Una altiplanicie de la cordillera le sirve de asiento, y dos pequeños ríos que bajan saltando alegremente por las quebradas de la sierra, llevan alimento y frescura á los frondosos cafetales que lo rodean.

San Cipriano es de fundación reciente. Cincuenta años atrás no había por aquellos sitios la menor huella de vivienda humana. Espesos y enmarañados bosques cubrían todo lo que sus laboriosos moradores han convertido después en cafetales y dehesas; y la paz y quietud de la selva sólo eran turbadas por los animales monteses de todo género.

Por aquel mismo tiempo salió de Alajuela un hombre perseguido por la justicia. Internóse en los montes y después de algunos días de marcha extraviada, llegó á un sitio ameno que le pareció ofrecer los requisitos de soledad y aislamiento indispensables para la seguridad de su persona y la impunidad de su crimen. Construyó un toscó rancho y dió principio al derribo de los árboles. Tras él vinieron otros y uno á uno fueron cayendo los gigantes seculares de la selva, bajo el esfuerzo poderoso de los brazos robustos y las afiladas hachas de aquellos intrépidos labradores. Este fué el origen de San Cipriano y ha sido el de muchos otros pueblos.

En el día de hoy San Cipriano se envanece con un título de villa, alcanzado á fuerza de batallar con la vecina de San Rafael de que antes dependía. Una iglesia de piedra cubierta de teja, baja y construída en ese estilo toscó y pesado que priva en el país, ha venido á sustituir á la antigua ermi-

ta de madera, primera manifestación de la piedad de los vecinos. La plaza es grande, cuadrada y está cubierta de césped y plantada de árboles, á cuya sombra se ven pastando algunas vacas y caballos.

Las casas que forman el cuadro de la plaza á derecha, izquierda y por frente de la iglesia, se parecen á todas las que se ven en los pueblos de la República. Sólo dos rompen la monotonía. La una grande y con un primer piso sobre la planta baja, pertenece al Ayuntamiento ó Municipalidad, como se dice por aquí. El piso alto sirve de residencia al jefe político y la planta baja de alcaldía, casa de escuela y oficina de telégrafos; de manera que durante las horas de enseñanza ni el jefe político ni el alcalde, ni el telegrafista pueden llevar á cabo sus tareas, porque la cháchara que sale de la escuela es infernal.

La otra es también alta y espaciosa, pero sólo tiene una planta baja agujereada por grandes ventanas con anchos adornos de madera. Llama desde luego la atención su fachada pintada de rojo, de un rojo casi color de sangre y cortado horizontal y verticalmente por unas rayas verde oscuro formando cuadros, que en la mente del pintor debían simular piedras. Esta fachada carnavalesca causa sin embargo la admiración del vecindario; al punto que el domingo siguiente á la conclusión del embadurnamiento, á la salida de la misa del padre Roque, no quedó mujer ni hombre que no fuese á contemplar maravillado la obra del émulo de Velázquez, autor de aquel cuadro incendiario.

Doña Ramona Rodríguez, viuda de Pérez, dueña y habitadora de la casa, lleva más de treinta años de residencia en San Cipriano. Su marido Juan Pérez y su padre Mateo Rodríguez fueron de los primeros colonos del lugar. Ambos llegaron con las manos vacías, y ambos sufriendo privaciones inauditas y trabajando sin cesar, lograron conquistar la fortuna y con ella el bienestar. A la muerte de su esposo, Ramona Rodríguez, hoy doña Ramona, se halló al frente de un capital de sesenta mil pesos y con sólo una hija, Juanita. Pero bien puede asegurarse que gran parte de esta fortuna se le debe á ella. Infatigable compañera de su marido, ordenada y económica, no había hecho ascos á ninguna clase de faena por dura que fuese. Y si el dinero le ha proporcionado esa consideración que le tributa la flaqueza humana, sus virtudes y desprendimiento le han valido mucho más: el respeto y cariño de todos sin excepción.

Doña Ramona no es solamente la primera señora del lugar; es además la mediadora á que recurren los matrimonios querellosos, la consejera inexcusable en los casos graves y de trascendencia, la madre de los pobres. En resumidas cuentas, la verdadera castellana de San Cipriano.

En su casa se reúne lo más granadito del pueblo. El cura, el jefe político, el maestro de escuela, don José García, principal cacique del lugar, y algunas otras personas van allí á pasar la velada de las ocho á las diez de la noche, hora en que todos juntos levantan el campo. Y aunque los entretenimientos no varían, porque se reducen á

charlar, jugar á la lotería y tomar chocolate, rara vez y sólo por caso de enfermedad deja de asistir alguno de los tertulianos habituales. El maestro de escuela, en particular, se distinguía por su puntualidad y exactitud. No bien sonaba la última campanada de las ocho, cuando se veía asomar su cuerpecillo enclenque al dintel de la puerta.

Seis meses hacía que Procopio Méndez había venido á reponer al anterior maestro de escuela, que por desavenencias con don José García tuvo que largarse y dejar el puesto; de lo cual se vengó publicando contra su enemigo en *La República*, un sangriento remitido, lleno de palabras subrayadas y de puntos de exclamación. Procopio, comprendiendo lo muy necesaria que para él era la amistad del cacicuelo, se plegó desde luego á todas sus voluntades y caprichos, cosa que le atrajo la antipatía del vecindario, que ya comenzaba á ver con enfado la tiranía ridícula de este señor don José García, cuyo poder provenía de la habilidad con que sabía manejar los asuntos electorales.

Tan asiduo se mostraba el maestro de escuela en concurrir á la tertulia de Doña Ramona, y tales alabanzas hacía de ella y de su hija, que las malas lenguas de San Cipriano—porque allí como en todas partes las hay—aseguraban que había dado en la flor de cortejar á Juanita.

Esta Juanita era una guapa muchacha de veintidos años, sana y robusta, con unos colores de melocotón que provocaban el deseo de hincarle los dientes y paladear la frescura de su piel blanca y tersa. Con esto buena, hacendosa y rica, y se comprenderá que el maestro de escuela pensara en apropiarse aquella fruta madura y sabrosa. Pero la muchacha no mostraba tener ningunas ganas de echarse el suave yugo, como dicen algunos, sin duda por ironía.

—¿Cuándo casa U. á esa muchacha, doña Ramona?—preguntaba alguna vez el cura.

—¿Déjela U. que goce un poco más; que tiempo le sobra para ser desgraciada—contestaba invariablemente aquélla.

—Ya se ve—añadía el padre Roque;—mejor está con U. que casada con alguno de estos animales del pueblo.

Y sobraba la razón al cura cuando decía esto. Porque si era verdad que Juanita carecía de una buena educación y de ese refinamiento de maneras, que da á la mujer un nosequé delicado y aristocrático que cautiva y embelesa, no por eso dejaba de ser muy superior á los rudos y toscos campesinos de San Cipriano.

Su madre en un principio había querido hacer de ella una señorita, y para el caso la llevó á San José y la puso en el colegio de las hijas de Sión. Pero la vida sedentaria del convento no podía convenir á una flor silvestre, criada libremente al aire sano y puro de los campos. No tardó Juanita en enfermar, y habiéndose declarado un principio de clorosis fué preciso volver á San Cipriano á recobrar vida y salud.

Después de esta infructuosa tentativa, doña Ramona renunció á la idea de que Juanita se educara en un colegio; pero como deseaba al mismo tiempo que adquiriera cono-

cimientos útiles, le procuró lecciones con el maestro de escuela, única persona que en todo el pueblo era capaz de enseñarle alguna cosa.

Juanita no pasaba de saber leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética, lo cual ya es mucho para una sola mujer ¡cuánta señora empingorotada anda por esos mundos que no sabe otro tanto!—En lo tocante á literatura no conocía más novelas que las de Pérez Escrich, tan empalagosas y malas; pero á ella la llenaban de placer, y había echado más de una lágrima á la muerte de la heroína, que siempre ocurre en otoño con la caída de las hojas.

Del mundo nada sabía ni era posible que supiera; porque vivir en un pueblo apartado, entre gente ruda, bueyes, vacas y caballos, no es vivir, es vegetar. Y puede decirse que sólo durante los cuatro meses que estuvo en el convento y á pesar de la reclusión en que allí vivía, logró echar una rápida ojeada sobre ese conjunto de cosas fútiles al parecer, pero que contribuyen en alto grado á dulcificar y amenizar la vida. De los rumores de bailes, fiestas y teatros que había oído en boca de sus compañeras, sólo le quedaban confusos recuerdos; algo así como ecos de un mundo distinto y lejano, que excitaban su natural curiosidad de mujer, sin que por esto dejara de estar conforme con su vidita casera, monótona y triste, pero en cambio ajena á los quebrantos que trae consigo la existencia agitada de las ciudades. Tal era, con breves pinceladas, la mujer que se propuso conquistar el maestro de escuela.

Y no vaya á creerse que solamente el amor influyó en el ánimo de Procopio al tomar esta resolución; porque si bien es verdad que no le disgustaba aquella muchacha frescota y hermosa, él creía honrarla sobremedida solicitando su mano. Había, pues, en el propósito del maestro de escuela, un interés superior al del amor. Para él la posesión de unos cuantos miles de duros, representaba la realización de sus más caros ensueños de ambición y grandeza.

Porque en aquel cuerpecillo raquítrico se albergaba una ambición desmedida, enorme, aguijoneada por los muchos desengaños recibidos, que habían concluído por agriar su carácter, convirtiendo en obsesión tiránica la pasión que le torturaba.

Hijo de artesanos pobres y de humilde esfera, Procopio Méndez se sintió empujado desde muy niño hacia las grandezas de este mundo. De cortos alcances, pero trabajador tenaz, con dificultad obtuvo el grado de bachiller en filosofía y emprendió el estudio de las leyes. Pero por más que luchaba no podía hacer entrar nada de provecho en su cabeza. Desesperado y viendo que nunca podría llegar á las mismas alturas que otros de tan humilde cuna como él habían alcanzado, dió en la manía de atribuir á la pobreza de su origen lo que sólo era fruto de su medianía. Desde aquel punto prorrumpió en declamaciones demagógicas contra una sociedad que es esencialmente democrática y por completo desprovista de preocupaciones de cuna.

Por fin, cansado de esperar otra cosa me-

jor, resolvió admitir el puesto de maestro de escuela de San Cipriano que le proporcionó un amigo, y salió de la capital llevando en el alma un odio feroz contra los que él llamaba los nobles, y cuya sola culpa consistía en no haber querido abrir las puertas de sus casas á un quídam tan ambicioso como adocenado.

Procopio veía, pues, en su matrimonio con aquella campesina ricacha, como él la llamaba allá en sus adentros, un poderoso escalón para alcanzar el triunfo de sus esperanzas. “El dinero es el dios ante el cual todos se inclinan—decía para su camisa.—Sea yo rico y no habrá para mí más puertas cerradas.” Y en verdad que en esto no andaba descaminado.

Una vez que hubo madurado concienzudamente su plan, el maestro de escuela comenzó su ejecución con esa lentitud y paciencia, propias de los caracteres tenaces. Era muy sencillo y consistía en hacer germinar en el ánimo de Juanita deseos de salir de aquel poblacho, para buscar un modo de vivir que cuadrara mejor con su educación y fortuna. Conseguido ésto se presentaría él como la única tabla de salvación posible.

Con astucia digna de mejor causa se aplicó á despertar la curiosidad de la muchacha. Le pintaba con brillantes colores las distracciones de la capital, sus paseos y bailes de gran tono, que le describía como si hubiese asistido á ellos, cuando sólo los había visto apostado en la calle y al través de los balcones. Afeábale la ignorancia en que estaba de las cosas de la vida, y le hacía entrever la posibilidad de salir de aquel agujero en el cual se vivía lo mismo que metido en un estuche.

En un principio Juanita oía toda esta charla con distracción; pero poco á poco se iba empapando en las ideas que el maestro de escuela procuraba infiltrar en su ánimo, con tanta paciencia como perseverancia. Comenzaba ya á dudar de su felicidad y á sentir un secreto deseo de ver con sus propios ojos todas aquellas maravillas. Al mismo tiempo y al calor de la elocuencia de Procopio, había renacido más vivo que nunca el recuerdo de los ecos mundanos del convento.

De esta manera satisfactoria iban marchando los asuntos del maestro de escuela, cuando se atravesó una dificultad que lo puso en ascuas. El hijo de un acaudalado propietario del vecino del pueblo de San Rafael, se había enamorado de Juanita y hablaba de pedir su mano.—Como Juanita llegue á aficionarse á ese patán, pensó, soy hombre al agua. Es necesasio no perder el tiempo y pegar un gran golpe; en cuanto la vea á solas le canto mi pasión.

No es cosa de extrañar, por consiguiente, que aquella noche se presentara Procopio en la tertulia con los trapos de cristianar y el pelo cuidadosamente untado de pomada. El padre Roque que está reñido con los peines, notó en seguida aquel exceso de compostura y dirigió una expresiva guiñada al jefe político.

Sorprendióse el maestro de escuela de no ser como de costumbre el primero, y sin saber por qué auguró mal de ver allí juntos

á sus dos peores enemigos. Porque en efecto lo eran, y para ello bastaba que Procopio perteneciese al círculo de don José García; jocosos de pueblos! El padre Roque abrigaba además otro motivo de rencor. El maestro de escuela tenía sus puntillos de libre pensador y en diversas discusiones con él, acerca de la existencia del infierno, lo había dejado maltrecho con sus argumentos de dómine pedante, que el cura tan ignorante como gordo no había sabido refutar.

Tras el maestro de escuela llegó doña Manuela González, y luego los demás á quienes se esperaba para comenzar el juego, y cada uno ocupó su asiento acostumbrado alrededor de la mesa, menos Juanita y Procopio que dedicaban aquellas dos horas al estudio de la historia y de la geografía.

Comprendiendo la necesidad de precipitar los acontecimientos, el maestro de escuela, transcurrido apenas un cuarto de hora de lección, cerró el libro y comenzó á desarrollar de nuevo su tema favorito, abultando las cosas y dorándolo todo. Juanita parecía escucharle con particular atención. Un buen observador hubiera notado que toda aquella verbosidad comenzaba á marearla, haciéndole concebir aspiraciones y deseos que hábilmente fomentados, llegarían á convertirse en necesidad imperiosa. Procopio no dejó de adivinar algo de lo que pasaba en el ánimo de la muchacha, y creyendo el momento oportuno, iba ya á deslizar una frase amorosa á su oído, cuando el padre Roque volviendo hacia ellos su cara rubicunda y abotagada, dijo alegremente á Juanita:

—¿Cuando te voy á echar la bendición, picaruela?

—¿A mí? señor cura; cuando tenga novio.

—¿Me vas á decir ahora que no le tienes; y Pedro, el hijo de Isidro Romero, acaso no es tu novio?

—Primera noticia que tengo.

Un buen muchacho, Pedro—dijo doña Ramona terciando en la conversación;—trabajador, honrado, sin vicios. Es un buen partido para Juanita; ayer le habló al padre para que interceda conmigo, á fin de que yo dé mi consentimiento.

Y todos á una comenzaron el elogio de Pedro. Era el mejor partido de San Cipriano y todos los pueblo vecinos. Dichosa mujer la que él escogiera; y por el estilo lo demás.

El pobre maestro de escuela se había puesto blanco. Hubiera deseado poder saltar sobre el cura y estrangularle, tal era la rabia que se tenía; pero ¿qué hacer? No había más que disimular y hacer lo posible por destruir el daño que en el pensamiento de la muchacha pudiera causarle la perspectiva de un rival aventajado. Trató de reanudar el hilo de su plática cortado de manera tan exabrupta, pero todos los esfuerzos que hizo para recobrar la atención de su interlocutora, fueron inútiles. Ya no le escuchaba; tenía la mente puesta en otra cosa.

En efecto, lo que el cura y su madre acababan de decir, la había impresionado favorablemente. Juanita recordaba haber visto varias veces á Pedro, un mocetón de fisonomía franca y simpática. El domingo an-

terior había pasado por la calle caracoleando un hermoso caballo ruano y aun tenía presente la expresiva mirada que le había lanzado al saludarla. ¿En qué estaría pensando que no había reparado en el amor de Pedro; sería acaso en el maestro de escuela? Al propio tiempo y por natural asociación de ideas, echó sobre éste una mirada escrutadora. Y aquel hombrecillo le pareció tan enjuto de carnes, tan feo y tan ridículo con su cabeza lacia llena de pomada, que estuvo en an tris de soltar la risa.

Mientras tanto el infeliz Procopio estaba sofocadísimo y sin hablar palabra.

—Supongo que aceptará U. ese buen marido—murmuró por fin con voz ahogada.

—Lo pensaré—contestó Juanita.

Esta respuesta dicha con sencillez y franqueza, le produjo el efecto de una puñalada. Cuando una mujer dice “lo pensaré,” en asuntos de amores, hay noventa y nueve probabilidades contra una de que luego dirá que sí.

Afortunadamente para el pobre dómine, concluyó en aquel momento el juego, por haberse quedado el cura con el dinerillo de todos. Doña Manuela, que cuando no ganaba se ponía de muy mal humor y se largaba en seguida, se levantó gruñendo y recogió su abrigo para marcharse en compañía de su marido. Cuando iba ya por la puerta oyó la voz guasona del jefe político, un militarote algo travieso, que le decía:

—Cuidadito con el cadejos doña Manuela; parece que se le ha visto por estos alrededores.

—Jesús, María y José—replicó aquella santiguándose;—qué cosas tiene U. don Luis. Pero no soy yo quien debe temerle á ese bicho ó lo que sea; pues sólo se le aparece á los tunantes como U. que van corriendo de noche por donde no debieran.

Una carcajada general acogió la respuesta de la vieja, porque ninguno de los presentes ignoraba las trapisondas del jefe político.

Luego que salió doña Manuela, siguió rodando la conversación sobre ese animal fantástico llamado el cadejos, que es una de las principales supersticiones del pueblo de Costa Rica.

Doña Ramona declaró que la gente juiciosa no debía creer en semejantes pamplinas, que sólo eran invenciones de chuscos de mal género para reirse á costillas de los tontos; pero el jefe político combatió esta opinión con mucho ardor. Para él no cabía la menor duda acerca de la existencia del cadejos. Un hermano suyo lo había visto en una noche muy oscura. Era un animal muy horrible; algo semejante á un macho cabrío en la cornamenta, pero de lanas negras y con unos cascos que resuenan en el suelo como si fuesen de acero.

Interpelado el cura, no se atrevió á pronunciarse en un sentido ó en otro. Tiene el diablo tantas maneras de perseguir á los hombres!

De esto se aprovechó Procopio para desgastar un poco la cólera que se tenía contra él, echándole una filípica sobre el poco ó ningún cuidado que se toman los sacerdotes en desvanecer estas ridículas supersticiones populares, siendo así que es de su deber hacerlo. El cura recibió impertérrito la granizada, di-

ciendo para sus adentros; “rabia que no te casarás con Juanita;” y el maestro de escuela, después de lanzar dos ó tres cuchufletas al jefe político, concluyó asegurando que aun que viese delante de sí al dichoso cadejos, creería que era una ilusión de los sentidos, porque la razón más elemental indica la imposibilidad de semejante patraña.

Dicho esto y satisfecho de la impresión que creía haber producido, se despidió y echó á andar con paso que á él se le figuraba doctoral y que sólo era presuntuoso y pedante. Mas nos habían pasado tres minutos desde su partida, cuando se le oyó chillar desafortunadamente y dos segundos después volver á escapar dando señales del mayor espanto.

—¡El cadejos!—gritaba temblando de pies á cabeza—¡el cadejos! ¡allí en media plaza!

A sus voces y aparición siguió un asombro general. Doña Ramona y Juanita emudecieron de espanto, y el cura no parecía tenerlas todas consigo. Pero el jefe político, que era hombre de pelo en pecho, echó mano de un farol y se lanzó á la calle. Pasado un momento de angustiosa expectación se le oyó reír á carcajadas y luego gritar:

—Vengan U. U. á ver lo que don Procopio el valiente, ha tomado por el cadejos—Y seguían las carcajadas sonoras y burloñas. Salieron por fin los demás, menos el maestro de escuela que se escurría, y hallaron al jefe político plantado delante de una infeliz cabra que lo miraba con ojos de asombro. La risa se hizo entonces general y siguió durante mucho rato á costillas del pobre Procopio, que se largó aquella misma noche para no volver nunca. Un mes después se casó Juanita con Pedro.

San José, Noviembre de 1890.

FERNANDO R. DE ÍZCAR.

Federico Volio.

En la mañana del ocho de los corrientes el cable nos comunicó una de esas noticias verdaderamente conmovedoras, que causan profunda impresión y que anonadan el espíritu más fuerte y más bien templado: la muerte de nuestro queridísimo amigo don Federico Volio.

Pálida sería cualquier frase con que quisiéramos expresar cuánto nos oprime en estos instantes la tristeza y el dolor. Tan sensible es la pérdida de amigos que, como Volio, reunen en sí el tesoro inapreciable de todas las virtudes sociales engrandecidas por la belleza del alma que les sirve de asiento, y calentadas por el fuego de un corazón generoso y levantado.

Mas para cumplir con el deber ineludible de amigos que supieron apreciarle en cuanto valía, pocas y sencillas palabras serán suficientes; que la existencia de los buenos no ocupa en la historia largas páginas, sino cortas líneas, en cada uno de cuyos perfiles semejantes á los que ostentan las estatuas griegas, se encierra el mas hermoso conjunto de corrección y armonía.

Distinguióse Volio desde muy joven por su inteligencia privilegiada y su decidida afición al estudio, que hicieron de él, más tar-

de, uno de los más aventajados estudiantes de derecho, á cuya ciencia dedicó su actividad intelectual, con éxito feliz.

Amaba los libros con pasión fervorosa que nunca se desmintió, llegando á preferir esos amigos desinteresados y exentos de doblez, á toda otra diversión y entretenimiento.

Tanta aplicación y excepcionales dotes, obtuvieron su merecida corona en los honores y distinciones que siempre alcanzó en sus estudios.

Ya al terminar su carrera de abogado, faltábale un año apenas, fue nombrado Secretario de la Legación de Costa Rica en Washington, cargo honrosísimo y delicado que él aceptó, y que le obligó á suspender sus estudios profesionales para dedicarse al servicio de su patria.

Pendiente entonces la cuestión de límites entre esta República y la de Nicaragua, que el Presidente de los Estados Unidos debía resolver como árbitro, aquella Legación prestó al país uno de los más importantes servicios. Volio trabajó en ella con afán y cúpole también su parte de gloria en la jornada.

Permaneció en Washington aun después de haber regresado á la patria sus compañeros, desempeñando el mismo distinguido puesto, y más tarde el de Encargado de Negocios de Costa Rica, y ausente de la familia y de cuanto le era querido, murió acaso pensando que los aires saludables de su país natal hubieran conservado su existencia que languidecía en apartados climas.

Mientras vivió en Costa Rica, Volio desempeñó importantes cargos públicos, entre ellos el de Agente Fiscal de esta Provincia y el de Subsecretario de Estado. Los que tuvieron la oportunidad de verle en esos puestos todavía recuerdan su actividad incansable, su porte siempre circunspecto y digno, su talento superior, su criterio claro y recto siempre, propio de la edad en que las pasiones no tuercen la mirada como las corrientes marinas la dirección de las naves. Y Volio estaba lejos de esa edad: todavía las brisas juveniles jugueteaban en su frente y enardecían su cerebro los ensueños primaverales de la vida.

Apenas hace un año que el amigo á quien lloramos perdió á su padre el Licenciado don Julián Volio, uno de los hombres públicos más notables de Costa Rica. Profunda herida abrió la pena en el corazón de aquel hijo modelo, y aun no estaba cicatrizada, cuando le sorprendió la muerte implacable. Las almas grandes parecen predestinadas para soportar el peso de inmensos infortunios, á los cuales se hacen superiores casi siempre, pero sucumben al cabo. Orugas que se cambian en mariposas, hombres que al caer en el sepulcro, se transfiguran en ángeles ó se convierten en estrellas.

Federico Volio nos ha abandonado para siempre. He ahí una tumba que se abrió para recibir en su seno esperanzas halagadoras y aspiraciones infinitas; todo un porvenir hermoso y brillante que ya empezaba á mostrar sus fulgentes rayos.

Y apenas queda ya del que fué amigo

sin tacha y modelo de hijos y de ciudadanos, de aquella inteligencia vigorosa y nada común, el recuerdo que llena el alma de tristeza y el dolor que lo tortura sin piedad.

¿Qué pudiéramos decir que mitigara el hondo pesar que aflige á la familia que hoy lamenta tan irreparable pérdida?

Los consuelos humanos llenan el corazón de gratitud; pero no alcanzan á quitarle la aguda saeta que lo desgarran.

Despidámonos del amigo querido, consagrémosle un recuerdo y continuemos el camino de la vida, procurando imitar sus virtudes para reunirnos después en el seno de la eternidad.

RAMÓN LORÍA IGLESIAS.

Noviembre 11 de 1890.

SEÑOR DIRECTOR DE

"COSTA RICA ILUSTRADA".

Empecemos hoy con una avería. El submarino *Peral* ha fracasado. En el Consejo de Ministros celebrado el 4 de los corrientes se acordó, á propuesta de la comisión técnica, invitar al señor Peral para que construya otro buque eléctrico submarino, de menores dimensiones que el primero, aprovechando el material adquirido para el *Peral*, y sometiendo los trabajos á la inspección de una junta facultativa. Aquí se duda de la realización del proyecto, después de los informes dados por dos importantes comisiones, que casi por unanimidad han dejado malparados al submarino y al constructor.

**

La salud pública en España continúa sin presentar caracteres alarmantes, pues la epidemia colérica sigue localizada en unas cuantas poblaciones sin que haya variado en cuatro meses su forma de propagación.

La Reina no ha regresado aún de San Sebastián; y quizá retrase todavía la vuelta por temor de que el Rey ó las infantas puedan ser víctimas de la viruela, que en esta población está causando algunos estragos.

**

Tenemos un nuevo partido político: el centro republicano. En España no hemos hallado todavía un partido de fortuna para gobernar, pero en cambio disfrutamos de la fortuna de los partidos. El novísimo está dirigido por el renombrado filósofo y ex-presidente de la República española don Nicolás Salmerón. El programa, expuesto por el jefe, el día 30 del mes pasado en Santander, contiene la siguiente declaración, que da carácter al grupo: "El centro republicano no acepta los procedimientos revolucionarios (doctrina de los posibilistas del señor Castelar); pero admite la revolución si el pueblo la produce (que es parte de la doctrina sustentada por los republicanos que siguen al señor Ruiz Zorrilla y al señor Pí). El nuevo eclético grupo vivirá, no porque sea necesario en la vida política actual, sino por la elocuencia de

sus directores, personas todas de gran prestigio, y por nuestras costumbres públicas, que permiten la existencia de grupitos y fracciones políticas, incomprensibles en otros países.

**

La *Gaceta* del 29 último ha publicado un real decreto autorizando al Ministro de Ultramar para que emita 1.750,000 billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, para lo cual estaba autorizado el Gobierno por la ley de 18 de Junio del corriente año. Los billetes serán de 500 pesetas cada uno, y tendrán el 5 por 100 de interés anual; y en la misma *Gaceta* apareció otro real decreto por el cual se abre una suscripción pública para negociar 340,000 de los referidos billetes, que importan 17.000,000 de pesetas.

El Ministro de Ultramar, señor Fabié, ha llevado á cabo, por tanto, la conversión de la Deuda de Cuba, á pesar de la rudísima oposición que á última hora le han hecho algunos periódicos importantes de esta población.

**

El General Azcárraga, Ministro de la Guerra y hombre ilustrado y laborioso, piensa establecer en España el servicio militar obligatorio. Aunque por las bases del proyecto de ley no se llega al planteamiento definitivo de dicho servicio, se conseguirá la instrucción militar para todos los ciudadanos españoles sin aumentar el presupuesto de Guerra.

El señor Azcárraga ha dado otras disposiciones que han sido bien recibidas por el Ejército: una de ellas es la supresión de primeros Tenientes en el arma de infantería: las cantidades por este concepto economizadas, se destinan á gratificaciones para los demás oficiales subalternos, cuya situación era poco desahogada.

**

La agitación en Portugal contra Inglaterra ha terminado por ahora. El señor Silva Ferrao, ó como aquí hemos dado en llamarle, el señor Martens Ferrao, que representaba á la nación portuguesa en el Vaticano, ha recibido el encargo de formar Ministerio. Dicho señor pasó por Madrid el 28 del mes último y aunque sólo permaneció en esta capital tres horas, tuve ocasión de verle. Es hombre de avanzada edad, aspecto venerable, grandes merecimientos y estaba retirado de la política activa hace veinte años.

Espérase que restablezca la tranquilidad en el vecino Reino y que evite nuevos disturbios. Estos son sus propósitos, y para realizarlos no le faltan elementos (según dice), por más que los republicanos, que han de hacerle oposición, recuerdan que Ferrao pretendió en un tiempo que las corporaciones administrativas no tuviesen el derecho de petición. Hasta la fecha la crisis portuguesa está sin resolver y el gabinete de conciliación sin formar.

**

Anteayer se inauguró en Zaragoza, bajo la presidencia del Arzobispo cardenal Benavides, el segundo Congreso católico nacional.

Se esperan con interés los discursos relativos á la cuestión social (que no sin razón preocupa extraordinariamente á los estadistas europeos), pues en España puede ser facilitada por la Iglesia católica la solución del problema.

Hace algún tiempo que varios notables literatos españoles se han dedicado á la traducción esmerada de las principales producciones extranjeras. El señor Giner de los Ríos (D. H.) ha llevado á cabo la de *Sor Filomena*, preciosa novela de los Goncourt; la casa de Juberá ha editado *Nuestro corazón*, del popular novelista francés Guy de Maupassant; y el correcto escritor señor Sánchez Pérez acaba de publicar *Combates y aventuras*, segunda parte de *La novela de un maestro*, obra del delicadísimo artista italiano, Edmundo de Amicis.

El eminente crítico don Federico Balart ha vuelto, para regocijo del buen gusto, á sus trabajos literarios, después de larguísima interrupción; y ha escrito un notable estudio sobre la *Poética* (reimpresión) de nuestro genial poeta Campoamor. También *Clarín*, otro de nuestros críticos más sobresalientes, ha publicado un folleto (Museum) sobre dicha obra y en él trata además de *Insolación* y *Morriña*, penúltimas novelas de nuestra primera escritora contemporánea, doña Emilia Pardo Bazán.

La temporada dramática ha dado principio. En el último año cómico se estrenaron, sólo en Madrid, 164 obras, de las cuales fueron aplaudidas ¡106! Sin embargo, muy pocas de éstas merecen el nombre de obras literarias. Veremos si en la presente temporada los autores dramáticos (que pasan de 100) y los compositores de música (que casi llegan á cincuenta) logran producir algo que detenga la visible decadencia de nuestro teatro.

Alfonso Karr ha muerto. Las obras, las frases célebres y hasta las costumbres del que fué en un tiempo popularísimo novelista francés, son conocidas en todo el mundo. El picante autor de *Les Guèpes* había muerto en realidad antes de fallecer, pues hacía bastantes años que vivía la muerte del olvido cultivando y vendiendo flores en su jardín de Huit Clos.

La Alhambra de Granada, la gran joya de la arquitectura árabe, ha estado á punto de desaparecer incendiada; mas pudo ser atajado el fuego sin desastres considerables, gracias al arrojado de los granadinos y aun de las granadinas, pues no faltaron distinguidas señoritas que ayudaron al acarreo del agua para rescatar del voraz elemento la hermosísima é incomparable obra de arte.

LABÁN.

Madrid, 8 de Octubre de 1890.

UNA NOTA DEL AMOR UNIVERSAL.

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

POR qué lloras? vibró una voz amable y dulcemente melancólica que pasaba entre las ramas, que temblaban sobrecogidas de misterioso respeto.

La voz no emergía de la garganta musical de una mujer joven y adorable, revelaba al mancebo enamorado y pensativo; era como un sollozo que acompaña á otro sollozo, el gemido del ave que acaricia con su ala sedosa el plumón de su amada compañera. Era la música del idilio universal, el corazón en los labios, vibrando como un arpa que llora y se estremese. ¡Felicidad!

Era en la tarde. Acababa la lluvia de cesar: las nubes negras que rodaban en el cielo habían huido, los colores del arco se iban desvaneciendo como el sueño hermoso de la juventud, el espacio estaba poniéndose muy azul, con ese azul crepuscular de los cielos tropicales, azul que enamora y que ilusiona cuando solitarios lo miramos desde las alturas verdes, ó debajo de los árboles que nos dan su sombra; blancas, muy blancas eran las nubecillas que se aglomeraban en el horizonte y besaban las cumbres y los volcanes encendidos; el rostro del cielo, momentos antes severo y terrible, comenzaba á sonreír. La sonrisa del cielo ¡qué grata es! Y la fuente mentía con su murmullo las notas apacibles del canto llano, y en el cristal de sus aguas brillaban los colores vivos de los peces y flotaban los pétalos de las flores que la lluvia había deshojado; las avecitas alegres esponjaban sus plumas y hacían caer de los árboles una lluvia de perlas cristalinas; la luz solar descomponía sus rayos en las hojas húmedas y en las gotas guardadas en las corolas y en los cálices, gotas que parecían las lágrimas suspendidas en las pestañas de los grandes ojos negros de una hermosa que llora. Era la huella del estremecimiento del beso que hace sollozar, y que la tierra acababa de sentir, quedando sumida en el letargo misterioso que sigue al placer, en la contemplación apacible que deja el éxtasis del amor. La copa que embriaga trae con el ardor la tibieza que hace pensar y sentir. ¡Felicidad!

¿Quién había pronunciado esa frase cariñosa y tierna, que quería ocultar su sufrimiento rebelde?

Pobrecitos!

Las ramas dejaban un claro que permitía ver allí cerca una bella casita, aseada y diminuta como un nido; las gradas de la puerta del jardín se sumergían en la honda cristalina de la fuente. Allí, en esas gradas que cubrían á trechos las violetas y el musgo, estaba el sublime cuadro.

Graciela era la bella: Eduardo era él: seguramente se amaban. Sí, se amaban. ¿por qué nó? Amor los tenía trémulos y llorosos. Más bellos estaban así, con su pasión, con su timidez y con su llanto.

Sentada estaba la bella, la hermosa cabeza apoyada en la mano terminada en dedos puntiagudos y mórbidos, suaves como piel de

armiño, las uñas leves, transparentes y rosadas como pétalos de centifolia. Sobre los hombros redondos, el cuello blanco y aterciopelado; el rostro radiante donde brillaban dos grandes ojos, los iris negros como el abismo, los párpados un tanto gruesos, quizá por el insomnio ó por el llanto y rodeados de una débil sombra azulada, las pestañas como nimbos negros amenguaban la luz radiosa de las pupilas, la nariz modelada por el cincel de Fidias, la boca roja y deliciosa, provocando el beso, sobre la frente los risos en desorden y echada sobre los hombros la cabellera de ébano para aquel rostro de nieve que el carmín tenía de vida.

Sobre las mejillas rodaban dos lágrimas, y las pupilas estaban fijas en el agua que corría á sus pies.

Él, un muchacho endiablado allá en el colegio, tenía su hermoso rostro rojo por el sol y la fatiga; había venido á ver á su amada desde su quinta. Estaba de pie al lado de Graciela, la blusa y el pantalón, las botas y la cachucha mojadas por la lluvia, y su semblante decía que amaba, pero que amaba con amor puro y grande.

—¿Por qué lloras? ¿que no sabes cuanto te amo?

—Sí, bien lo sé, Eduardo mío; porque lo sé lloro. Sé también que pronto te irás á la ciudad y que no vendrás sino dentro de un año, en las otras vacaciones, y que me voy á morir antes que vuelvas á mi lado, que ya no te veré más.

—Es cierto, amada mía, es cierto; y yo también me voy á morir. Mi padre me manda partir mañana; yo quería ocultartelo; pero dime tú ¿me iré?

—Oh sí, aunque yo muera: tú debes obedecer.

—No, amada de mi alma, yo iré á pedirle de rodillas que no me lo vuelva á ordenar y que me permita casarme contigo, pronto, pronto.

Ah!..... casarnos..... calla, no digas casarnos. Eso es una dicha tan grande que no se ha hecho para mí: si yo debo sufrir! Calla, Eduardo, calla. Ve tú á obedecer y dejame para llorar.

La pobre niña enamorada decía esas palabras abatida por el dolor y las violetas recogían las gotas ardientes que sus ojos derramaban. Inclino la cabeza angustiada y sintió en sus cabellos posarse los labios trémulos de su amado, que estamparon un beso, beso de infinita adoración. Cerró los ojos, tímida como la sensitiva, y cuando los abrió, el amado hacía atravesado el arroyo, y en la opuesta orilla le decía:

—Mañana, niña mía, mañana.

Pocos días después la casita aquella estaba en florada, los pajaritos ponían alegres su canto sobre las ramas, el jardín olía á placer ¿qué fiesta era esa, después de aquel sufrir?

Un anciano, el buen abuelo, la callera blanca y lustrosa, el rostro venerable y los ojos sin brillo, salió apoyándose en su bastón. Detrás iba una pareja feliz, los rostros radiantes y los azahares sobre la frente casta de la niña.

—¿Me amas?

—Te amo.

—¿Me adoras?

—Te adoro.

—Je! Je! loquillos! á volar, á volar!—

Y después de bendecirlos, el viejo lloraba y los veía perderse en el bosque, amantes y orgullosos; iban en busca de su nido.

Graciela y Eduardo.

El hogar: poema: dos palomas que se besan; el polen que vuela sobre los pistilos y los cálices. Idilio universal.

Las flores que brotan del tallo.

¡Felicidad!

RUBÉN RIVERA.

Vida moderna.

CANTARES.

A DOÑA ELISA MENDOZA TENORIO.

NO me refiero ni á los eruditos coleccionados por el archipreste de Hita, cuyo lenguaje en fabla, si los hace clásicos, no los hace populares, ni el auto sacramental de Lope de Vega, *De los cantares*, en el que, autorizado por la moda de semejante literatura, Cristo embozados representa con la *Envidia* la *Gracia* y la *Alegría*, varias escenas, ni al *Libro de los Cantares* de Salomón, donde “debajo de amorosos requiebros explica el señor la encarnación de Cristo y el grande amor que siempre tuvo á su Iglesia, con otros misterios de gran misterio y de gran peso,” ni á los *couplets* célebres de Rousseau, ni á los cantares de Gesta, sino á esos poemas microscópicos que lanza el hombre á las regiones azules cuando, palpitante de gozo, nos hace saber sus alegrías, ó, triste y abatido, nos cuenta sus aficciones, y en particular cuando el amor se ha apoderado hasta de las fibras más recónditas de su corazón y publica sus celos, ensalza á su amada, canta desengaños ó pregonas favores; á esos pedazos del alma de Juan del Pueblo, que unas veces se traducen en picantes *seguidillas*, otras en patrióticas *jotas* aragonesas, impregnadas de amor á la Virgen y lamentos de franceses, ora en dulcísima *muñeira* perfumada con los vapores del Lérez y el Miño, ora en desgarrados y arabescos *juguettillos* ó *soleares*.

Los cantares son la historia

de aquellos que los escriben,

dice uno que oí no ha mucho tiempo: y cuando así lo confiesan ellos mismos, no hay más remedio que creerlo. El pueblo siente, y siente hondo; por eso sus cantares son siempre tristes; el pueblo se enamora, comprende la belleza sin estudiar tratados de estética; siente esperanzas, mira sonrosados horizontes; por eso sus coplas casi todas son amatorias. Se entrega confiadamente en brazos del sentimiento, y por eso acepta como su cantor al que mejor sabe interpretarle, y tiene cariño fraternal á las coplas del *tío Antón* el de los cantares, el que fué recluso volunta-

rio entre los esplendores de Vizcaya y entre los cerezos y guindos que festonean la casita, blanca como una paloma, donde Trueba vivió y murió.

Todas las fisiologías de los temperamentos que ingleses y alemanes han podido publicar, no dicen tanto seguramente, ni con tal brevedad y donosura, como lo que el poeta anónimo estampó en el cantar que dice:

Si no me quieres, me mato,

dicen unos ojos negros;

y dicen unos azules:

si no me quieres, me muero.

Se trata, como se ve, de una historia de amores, de un mundo de sentimientos, de establecer una línea separadora de los impulsos distintos que una misma causa produce en temperamentos opuestos; de la pasión de una mujer de ojos negros, que seguramente habrá nacido donde todavía se reflejan los rayos del sol africano, y se adornará con claveles rojos y amarillos, y de la dulce resignación, rayana con la melancolía de una niña rubia como las espigas, pálida como las nieblas, tierna y delicada como las baladas que entonaba la musa popular que nace en las ondas del Rhin.

Nunca el hombre canta mejor que cuando está triste: el amor y el desengaño en cualquiera de sus formas, producen esta tristeza; cuanto más se ama, más se padece, y cuanto más se padece, más se canta. Suele suceder, y á menudo, que careciendo de una gran resignación aumentamos nuestros dolores é incurrimos en hiperbólicas frases, como si fuera la cosa más natural del mundo, y todo él tuviera obligación de creerlo así. De estas hipérboles han nacido los cantares más delicados del “Folk-Lore” andaluz, el cual contiene inmensos tesoros de belleza, entre los que figuran principalmente las seguidillas gitanas.

Lágrimas del pueblo gitano las llama un distinguido coleccionador de *cantos* y en verdad que cuantas éste logró reunir, tienen un sello especial de sentimiento, que no puede disputarle ningún otro cantar.

He aquí una *lágrima*:

Ar campito solo

me voy á llorar:

como tengo yena é penas el arma,

busco soleá,

que no hace ni más ni menos que ensalzar la soledad de los campos, tan pregonada por escritores y poetas en muchas más palabras y bastante menos belleza, cuando nuestra alma no se satisface con las relaciones de sociedad y busca en la tranquilidad de las verdes campiñas, y azules cielos, y ambientes perfumados, y aires transparentes y puros, la única compañía que corresponde en nuestro estado de ánimo y se doblega á nuestros gustos y nos consuela con su misterioso rumor.

Las metáforas juegan también un lucido papel en los cantos populares, y en este sentido tienen que tomarse para que se pueda apreciar la gracia de muchos de ellos.

Los diminutivos, por la extraña ley de los contrastes, aumentan la belleza de las coplas del pueblo; así es que es difícil tropezar con algunos que no contengan en cada uno de sus versos uno ó más de aquellos.

Quisiera yo por horitas
ser nasío é las yerbas,
porque ojitos que no ven
corasonsito no quiebran

los cuales diminutivos son los elementos delicados de la copla, cuyo origen parece haber sido el refrán que asegura que *ojos que no ven, corazón que no siente*.

De los autores de cantares, ninguno como el célebre Silverio Franconetti, de Sevilla, cuyo ingenio y fecundidad le han proporcionado una fama que en vano quieren disputarle algunos autores que, anhelando pasar por populares, fabrican sus cantares entre los tapizados muebles de su despacho acurrucados al lado de la chimenea, y sin estudiar los motivos que la gente baja quiere poner en verso para dar expansión á sus efectos, comunicar sus impresiones y pregonar los sentimientos que embargan su alma.

Si larga es la lista de autores que en revistas, libros y diarios han firmado cantares, no lo es menos la de los que, sin tantas pretensiones y sintiendo más, han proporcionado rico arsenal de coplas á los que con ellas se consideran felices. Por lo general, los notables cantadores de flamenco han sido autores fecundísimos, y muchas veces inimitables. *El Fillo* ha sido el cantador que ha alcanzado entre todos mayor fama, así como al *Tío Luis el de la Juliana* se le tiene por el más antiguo de todos los del oficio, pues ya en el siglo pasado hacía las delicias de los habitantes del Jerez de la Frontera. *El Fillo* para el *cante* constituyó una época, á la que tuvieron la honra de pertenecer el *Proita*, cantador por *tonás*; Juan de Dios, de la isla de San Fernando; el *Planeta*, de Cádiz; el *Tío Frasco la mica*, y otras notabilidades por el estilo.

Un distinguido literato de Cádiz, que se firma con el pseudónimo de *Cristián*, ha hecho estudios verdaderamente notables sobre los cantares del pueblo.

Este busca, por lo general, para confundir sus sollozos con sus trinos, las puertas de la morada de la novia, y la dice:

Que yo te quería á ti
lo adivinaban los necios,
y lo decían los mudos,
y lo veían los ciegos,

ó las lindes del camino que les ha de separar. por mucho tiempo tal vez, de las casitas donde pasó su juventud; ya sobre la húmeda tierra de los cementerios, para decir:

¡Se murió la mare mía!

¡Aonde gorberé á encontrá
mare como la perdía?

ó tras de los hierros de un presidio, para declarar que

Con ducas m'acuesto,

con más m'alebanto,

¡cómo consiente un Dibé der sielo

que yo pene tanto!

Los cantos populares han dado origen á la guitarra y á las castañuelas, y entre sus dulces acordes y sus alegres repiqueteos, han subido al ciclo infinitos lamentos, quejas amorosas, sollozos de despedida, requiebros, insultos, promesas y cuanto la imaginación ardiente del pueblo sueña y adorna con la forma del lenguaje de los dioses.

Hoy los cantares se han aristocratizado, y en los salones más distinguidos y elegantes alternan dignamente con las arias italianas y las sublimidades que nos importan los admiradores de la escuela de Wagner.

C. OSSORIO GALLARDO.

TIP. NACIONAL.